

81/76

PUBLICACIONES DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS
ECONÓMICAS Y FINANCIERAS DE BARCELONA

LA CRISIS DEL PETRÓLEO

(1973 a 2073)

DISCURSO LEÍDO POR EL ACADÉMICO DE NÚMERO, ELECTO
ILMO. SR. DR. RAMÓN TRÍAS FARGAS
en el acto de su recepción, en 16 de enero de 1976 y

DISCURSO DE CONTESTACIÓN POR EL ACADÉMICO DE NÚMERO
ILMO. SR. DON JOSÉ MARÍA BERINI GIMÉNEZ



BARCELONA

1975

LA CRISIS DEL PETRÓLEO

(1973 a 2073)

PUBLICACIONES DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS
ECONÓMICAS Y FINANCIERAS DE BARCELONA

LA CRISIS DEL PETRÓLEO

(1973 a 2073)

DISCURSO LEÍDO POR EL ACADÉMICO DE NÚMERO, ELECTO
ILMO. SR. DR. RAMÓN TRÍAS FARGAS
en el acto de su recepción, en 16 de enero de 1976 y

DISCURSO DE CONTESTACIÓN POR EL ACADÉMICO DE NÚMERO
ILMO. SR. DON JOSÉ MARÍA BERINI GIMÉNEZ

BARCELONA

1975

LA ACADEMIA NO SE HACE RESPONSABLE DE
LAS OPINIONES EXPUESTAS EN SUS PROPIAS PUBLI-
CACIONES.

(Art. 39 del Reglamento)

DEPÓSITO LEGAL, B. 53.032.- 1975

EXCELENTÍSIMO SEÑOR PRESIDENTE:
EXCELENTÍSIMOS E ILUSTRÍSIMOS SEÑORES:
ILUSTRÍSIMOS SEÑORES ACADÉMICOS:
SEÑORAS Y SEÑORES:

Es para mí una auténtica satisfacción poder pronunciar hoy ante vosotros el discurso de entrada en la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras.

En primer lugar, porque ello constituye un auténtico honor para mí, que sé valorar en su verdadero alcance y que agradezco sinceramente a todos vosotros.

Por otro lado, vengo a ocupar el puesto de don Félix Escalas cuya personalidad es bien conocida de todos los barceloneses y es justamente recordada en la gran proyección que alcanzó. Me ha cabido en suerte sustituirle también en otros puestos de la vida profesional que ocupó con tanta dignidad. Ello es para mí una invitación a la humildad ya que resulta muy difícil alcanzar las cotas de distinción que don Félix Escalas confirió a todas sus actividades, pero es también un estímulo nada despreciable en esta lucha cotidiana por la superación profesional y ciudadana que todos, y muy especialmente los académicos, debemos pretender.

Ratificando pues por estos dos motivos tan concretos mi agradecimiento por el honor que se me hace, paso con vuestro permiso al tema de mi discurso.

Creo oportuno recordar que este trabajo estaba terminado y en manos de la Academia desde principios de 1975. Desde entonces han pa-

sado muchas cosas. Reconstruirlas representa un esfuerzo ímprobo que a lo mejor sería incluso antirreglamentario. Por lo demás, creo que el análisis de este trabajo no queda invalidado por el tiempo transcurrido. Al contrario, los hechos posteriores confirman y acentúan muchas de las previsiones.

I

1. A fines de 1973 el plante de los productores de petróleo despertó rudamente a los países industriales de un rosado sueño de vida fácil y próspera. Hay que reconocer que los pájaros de mal agüero no fueron sólo los jeques medievales, dueños del oro negro. El mecanismo monetario internacional llevaba ya tiempo haciendo aguas. Escasez de materias primas y sobre todo de alimentos y fertilizantes. Precios en alza, *urbi et orbe*. Hambre para una cantidad intolerable de humanos. La paradójica simultaneidad en el alza mundial de precios y la recesión también mundial en el ritmo de actividad económica — que algunos llaman depresión — recibe una mortífera inyección petrolífera, sin duda. Pero, las causas más profundas ya estaban en marcha y los árabes tienen razón cuando dicen que la crisis mundial ya estaba presente antes de que se pusieran de acuerdo — a fines de 1973 — para multiplicar por más de cuatro el precio del crudo.

2. Además de unos problemas monetarios que venían inquietando desde hace años la prosperidad humana, tenemos planteada una cuestión que no había conseguido llamar la atención de todos. Me refiero al problema que deriva del suministro de alimentos. Es cierto que el temor a la explosión demográfica y al hambre venían siendo objeto de estudio por un grupo cada vez más grande, pero siempre marginal, de economistas, sociólogos, asistentes sociales y médicos. Algo antes de declararse la crisis energética, y casi con la misma fuerza, quedaba planteada la explosión de los precios de los productos agrícolas, basada en su alarmante escasez relativa.

3. Yo diría que el mundo atraviesa por un problema real de escasez física de bienes y servicios y simultáneamente por una quiebra técnica

de las instituciones de mediación financiera internacional. La primera porque realmente las reservas de las materias primas mundiales bajan en relación a las siempre crecientes necesidades de una población que aumenta sin cesar. O, también, porque su oferta puede ser constreñida por el poder monopolista de los respectivos productores. La segunda, porque han pasado 35 años desde su creación en Bretton Woods y el mundo de hoy dista mucho del que las ideó.

Por otro lado, conviene advertir de entrada que los elementos de la crisis que acabamos de apuntar son de carácter tan profundo que afectan la situación e incluso las instituciones a largo plazo. Son problemas de carácter estructural como se les llama hoy día. Mezclados con ellos operan en este momento perturbaciones coyunturales como es la inflación internacional y la recesión generalizada. Unos y otros son difíciles de separar en sus efectos. Este análisis sólo se refiere al problema estructural.

4. No nos engañemos, los que miran al capitalismo desde posturas marxistas, ven en la situación actual el punto final a un proceso de descomposición interna, que por primera vez ha de abrir, sin la asistencia de un ejército extranjero, las puertas al comunismo militante.

5. Entre los que creen en el sistema de mercado hay posturas pesimistas y posturas optimistas. La verdad es que a los hombres sin fe que predominaban a fines de 1973 y a principios de 1974, están siendo sustituidos por los que piensan que el mundo occidental puede absorber los problemas planteados y seguir adelante.

6. En España, cómo iba a ser de otro modo, hemos seguido un ciclo psicológico de signo contrario. Cuando en Europa, Japón y Estados Unidos los expertos se desmelenaban en sentidas lamentaciones, nuestros políticos insistían en afirmar que no pasaba nada que nuestra tradicional amistad con los árabes no pudiera resolver favorablemente. En cambio, ahora, los extranjeros se tranquilizan poco a poco, pero los españoles anuncian grandes cataclismos. Me parece que este desajuste nuestro con relación a la opinión informada mundial revela una falta de conocimiento de la realidad y un confusionismo, que justifican el que intentemos situar las cosas mediante una síntesis que no deja de ser difícil.

7. En efecto, la situación actual presenta tantos matices y facetas que parece útil ordenar los datos a los que no han tenido el tiempo de

desbrozar las toneladas de papel que se han escrito y se están escribiendo sobre el tema. Básicamente, centraremos nuestra atención en el petróleo, aludiendo, sin embargo, a las cuestiones que según hemos visto le confieren a la crisis mundial un carácter más amplio.

II

1. Aunque parezca mentira, ni siquiera los hechos que se desarrollan ante nuestros ojos en este momento son susceptibles de interpretación objetiva. Podríamos decir que para los ortodoxos occidentales — dividiendo una vez más la opinión en derechas e izquierdas — la amenaza, la verdadera amenaza de esta crisis mundial, tan preñada de peligros para la estabilidad política y para la paz como lo estuvo la Gran Crisis del 29, debe buscarse en las maquinaciones del cartel petrolífero internacional que eleva alocadamente los precios del crudo. Por este mecanismo se producen las masivas transferencias de renta, riqueza y poder, a un pequeño grupo de países exportadores de petróleo, que amenazan con producir una quiebra del comercio internacional, desembocando en una inflación mundial y en una depresión mundial simultáneas que acaben con el sistema. (“The Real Economic Threat”, *The New York Times*, septiembre 22, 1974.)

2. Para los progresistas, las cosas no están tan claras. No niegan que los precios del petróleo hayan contribuido a la inflación mundial. Pero, a su juicio, la depresión que creen se está acercando, ya era aparente antes de la primera alza importante en el precio del petróleo de 1971. Cargarle la culpa de lo que está sucediendo a los jeques, les parece una simplificación excesiva. Se cita a las Naciones Unidas y al Fondo Monetario Internacional para demostrar que tanto la inflación como la depresión mundiales ya habían hecho acto de presencia en el escenario mundial antes de que los árabes se irrogaran el papel de protagonistas. A su juicio, ni la crisis energética ni la crisis alimentaria son resultados del azar. En efecto, lo que a su juicio se plantea es la quiebra del neocapitalismo. (Geoffrey Barraclough, “The Great World Crisis”. *The New York Review*, dec. 1974.)

3. Ante enfoques tan dispares será difícil concretar las cosas. Una

serie de interrogantes se nos plantean. ¿Cuáles son los hechos? Anticipémonos a decir que lo importante no es determinar quién tiene la culpa de lo que sucede, sino averiguar cuáles son las posibles soluciones.

III

1. Empecemos por lo más aparente: el petróleo. Apenas un año después de que estallara la crisis, comienza a conocerse el verdadero alcance de los hechos más importantes. Vamos a examinarlos sistemáticamente.

2. Ante todo recuérdese que los países de la OPEC no tienen posiciones idénticas y sus intereses no son necesariamente los mismos.

3. En efecto, Arabia Saudita, Kuwait, Libia, Abu Dhabi, Qatar, disponen del 65 % de las reservas totales del grupo, obtienen el 48 % de la producción anual y, en cambio, no cuentan más que con doce millones de habitantes. Por su parte, Venezuela, Irán, Argelia e Irak, albergan setenta millones de habitantes, contra un 28 % de las reservas conocidas y el 41 % de la producción presente. Por último, Nigeria e Indonesia representan una parte muy pequeña de la producción y de las reservas, mientras que su población conjunta se acerca a los doscientos millones de personas. (Hollis B. Chenery, "Restructuring the World Economy", *Foreign Affairs*, enero, 1975.)

En principio está claro que al primer grupo le puede interesar conservar sus reservas — siempre que los precios de futuro vayan a ser los adecuados — puesto que difícilmente su exigua población podrá utilizar los fuertes excedentes que de todas formas obtendrá. Exactamente al revés de una política de exportaciones máximas con que obtener divisas para industrializar cuanto antes sus respectivos países con miras a elevar el nivel de vida de unas poblaciones bastante numerosas, como parece ser la política apropiada, para el segundo grupo. Nigeria e Indonesia, debido a sus ingentes masas de población, no es probable que reúnan grandes superávits monetarios, a diferencia de lo que seguramente ocurrirá con los países del primer grupo durante muchos años y con los del segundo, por lo menos hasta 1980. (H. B. Chenery, *op. cit.*)

4. En estas circunstancias vale la pena de que hagamos algunos va-

ticinios sobre lo que puede ser la demanda y la oferta de productos petrolíferos en un próximo futuro.

5. Empezaremos por la demanda de los llamados países consumidores que, en fin de cuentas, son los países industrializados, y más concretamente los de la OCDE. Existe otro grupo muy afectado por el precio del petróleo que es el de los países en vías de desarrollo no productores de petróleo. Su caso es especialmente grave y trágico, puesto que sus economías difícilmente podrán digerir el alza de los precios del crudo. De todas maneras, ellos van a remolque de lo que ocurra entre países consumidores industriales y productores y sus dificultades no pueden tomar precedencia frente a las de los demás. En efecto, aunque para sus economías, el consumo de petróleo de los países menos desarrollados es decisivo, su consumo total es pequeño.

6. Como es natural, la demanda de petróleo, y con ella las importaciones de este producto por parte de los países miembros de la OCDE dependerá de su precio. Aceptado que a corto y medio plazo por lo menos, la demanda de petróleo es muy inelástica, no puede decirse, con todo, que sea totalmente insensible al precio. Por otro lado, aunque el análisis que sigue pretende prever el juego de las fuerzas de mercado, no debemos olvidar ciertas consideraciones de orden político que pondrán un suelo al precio, por debajo del cual será difícil que éste baje. Estas motivaciones políticas y estratégicas son evidentes por parte de los países productores — quieren cobrar más por barril — pero existen también para los consumidores. Basta recordar las repetidas manifestaciones del Secretario de Estado norteamericano, Sr. Kissinger, recomendando a los consumidores que sostengan un precio del petróleo bastante alto para que sea rentable poner en marcha productos energéticos alternativos. Con ello se quiere asegurar la independencia de los países consumidores frente al grupo de la OPEC. En consecuencia, parece muy difícil que el precio vuelva a bajar ya nunca por debajo de los seis dólares el barril a precios constantes. A este respecto no se olvide que el coste de extracción, aunque varía entre las distintas zonas cubiertas por la OPEC, difícilmente sobrepasa una media de 20 centavos de dólar. Una parte ínfima del precio mínimo de seis dólares al que me acabo de referir.

7. La OCDE ha confeccionado unas proyecciones que resume en la tabla que incluimos a continuación. (Energy Prospects to 1985, vol. I,

pág. 12.) El estudio contempla las importaciones anuales en 1980 y 1985, comparadas con las que tuvieron lugar en 1972. Además distingue entre un caso base que corresponde a las previsiones vigentes antes de la crisis, un caso con el precio del barril de crudo de Arabia situado en seis dólares y, por fin, otro supuesto que fija el precio del barril en nueve dólares. Todo ello a precios constantes de 1972, por cuyo motivo el precio vigente (10-12 \$) queda reducido a 9 \$. Las importaciones se miden en millones de toneladas métricas de petróleo. Los resultados se consignan en la tabla siguiente.

TABLA 1

Demanda total para OCDE

| | |
|-----------|-------|
| 1972 | 1.224 |
| 1980 | |
| caso base | 2.014 |
| 6 US \$ | 1.446 |
| 9 US \$ | 1.084 |
| 1985 | |
| caso base | 2.634 |
| 6 US \$ | 1.661 |
| 9 US \$ | 1.071 |

8. Estos resultados tan espectaculares por los que, según como, las importaciones de petróleo en 1980 y 1985 pueden ser inferiores en términos absolutos a las de 1972, se pueden obtener gracias a un aumento en la producción autóctona de petróleo, a la sustitución del petróleo por otras fuentes de energía y a la reducción del consumo de petróleo.

9. Para situar las cosas de forma completa me parece necesario indicar la posible evolución de la oferta de energía en los países consumidores. ("Energy Prospects", *op. cit.*, pág. 21.) Si tomamos el caso base y el supuesto de 9 \$ por barril obtendremos la tabla siguiente (también en millones de toneladas métricas de petróleo o equivalente).

TABLA 2 (1985)

| | Caso base | 9 US \$ |
|----------------------------------|-----------|---------|
| Carbón | 944 | 1.052 |
| Petróleo | 938 | 1.381 |
| Gas natural | 828 | 1.100 |
| Energía nuclear | 657 | 756 |
| Hidro y geotérmicas | 133 | 161 |
| Oferta autóctona total | 3.500 | 4.450 |
| Necesidades totales energía | 6.420 | 5.650 |
| Dependencia de las importaciones | 55 % | 21 % |

10. Ténganse presentes dos cosas: en primer lugar, que el potencial productivo autóctono hace concebible una aún mayor independización energética de los países de la OCDE. En segundo término, que las inversiones serían tan enormes (1.100 billones de dólares constantes de 1972) y las consecuencias para el nivel general de precios tan significativas que en la práctica quedan excluidas las posibilidades por encima y más allá de las proyecciones realizadas para el caso de que el precio del barril se situara en 9 \$.

11. Ha llegado el momento de decir algo de los flujos de dinero que implican las proyecciones de oferta y demanda física dentro de los países consumidores que hemos establecido. Es bueno recordar brevemente la evolución de los precios del petróleo, pues ello nos ayudará a situar las cosas. ("La Crisis del Petróleo", Tomás Raga.) Las cosas empezaron a complicarse hace unos catorce años. Los productos industriales manufacturados venían aumentando sus precios, mientras el del petróleo bajaba año tras año. En 1959, por ejemplo, las grandes compañías petrolíferas obtienen de los productores una rebaja del precio de los Cadillacs en que gustan de pasearse los árabes ricos subía día a día, casi. ¿Quién se extrañará de que los jeques se impacientaran? En 1960 se crea la OPEC que pasará a la historia como uno de los cártels más poderosos que se hayan conocido. El año 62, ya habían absorbido las rebajas en el precio del crudo antes mencionado. Para 1964 se consigue que las compañías cedan la mitad del crudo producido a los due-

ños del suelo. En 1971, los países productores consiguen por fin quedar mayoritarios y se reservan el 55 % del crudo obtenido. Siguen las negociaciones, cada vez más tirantes, durante el año 72. Entramos en el año siguiente, que es el año decisivo en materia de precios. En efecto, en octubre de 1973 el precio del crudo más que dobla para situarse en cinco dólares y doce centavos el barril. A fines de diciembre, el precio pasa a 11,65 \$ el barril. En un año el crudo ha visto su precio multiplicarse por casi cinco veces. (En enero de 1973 el precio está en 2,59 dólares por barril y en 1960, a 1,80, no se olvide.)

A partir de ese momento, según tendremos ocasión de ver más adelante, el precio se estabiliza. Es más, debido a una disminución en el consumo por parte de los países industriales, están aflorando algunas tendencias a la baja. De todas maneras, no hay que pensar de momento en bajas sustanciales. El cártel de productores es poderoso, la demanda de petróleo inelástica y además, si los países consumidores han de independizarse de los países suministradores, conviene que el precio se mantenga a unos niveles que hagan posible la aparición de sucedáneos.

En todo caso, y sin perjuicio de variaciones en el precio que se tendrán en cuenta en las páginas subsiguientes, el coste actual representa un aumento tan brutal que no puede dejar de tener consecuencias importantes para las economías de los países consumidores. Estas consecuencias pueden agruparse según hagan referencia a la balanza de pagos del mundo occidental o al nivel de vida y posibilidades de desarrollo de los países consumidores. A los efectos de análisis, las principales monografías operan con dos supuestos: 6 dólares por barril y 9 dólares, a precios del 72 (este último equivale al precio actual en dólares corrientes).

12. Pasemos ahora revista a las consecuencias que el alza de precios del crudo puede tener para el nivel de vida de los ciudadanos de los países consumidores. ("Energy Prospects 1985", OCDE, *op. cit.*, páginas 65 y ss.)

A) Debido a que los países productores tomados en junto no pueden destinar la totalidad de sus superávits a adquirir bienes y servicios de los países consumidores, se produce una detracción de dinero o, si se quiere, de poder adquisitivo, que ha de tener efectos deflacionarios sobre la producción real y, por ende, sobre el nivel de vida. Dado que los árabes no pueden gastar lo que ganan en importaciones, se produ-

cirá una disminución de la demanda agregada mundial y un correlativo aumento del ahorro en el mundo. Esto, según tendremos ocasión de ver, no es algo totalmente negativo. En efecto, por este mecanismo se produce un ahorro forzoso entre los países industrializados, que libera fondos importantes para la inversión y capitalización de estos mismos países, siempre que se establezcan los canales adecuados con los países que detentan el superávit ahorrado. Ya hemos visto que este superávit no se produce por igual en todos los países.

La producción se reducirá no sólo por la indicada disminución en la demanda agregada, que es algo que tiene un carácter coyuntural. La capacidad productiva sufrirá un bache debido al alza precipitada de los precios del crudo. Nuestra industria está montada sobre la base de una energía barata y básicamente petrolífera. Los nuevos precios nos obligarán a orientar nuestra técnica y nuestras instalaciones hacia una estructura productiva que tenga en cuenta una energía cara y, en lo posible, no petrolífera. Es difícil calcular el valor de nuestro equipo-capital que deberemos abandonar en la cuneta por el indicado motivo. Los cambios sectoriales y estructurales que se producirán por esta vía exigirán fuertes inversiones que seguramente tendrán lugar a largo plazo. A plazo medio por la vía de los costes y de los cambios en la producción y la oferta, esta última verá sus precios encarecidos de un modo general.

13. Pero además los ingresos reales del país consumidor se ven reducidos por las alteraciones en la relación real de intercambio. Estas alteraciones deben verse a la luz de los cambios en los precios de las principales mercancías que juegan en la actual crisis mundial. Hollis Chenery (*op. cit.*), toma como base los precios de los productos industriales en el período 1968-1970. En relación a los mismos a mediados de 1974, momento álgido del alza de precios de las materias primas, éstas habían sufrido los siguientes aumentos:

| | |
|-----------------------|------------------|
| Alimentos | 100 % |
| Fertilizantes | 170 % |
| Petróleo | 400 % |
| Otras materias primas | 25 % en promedio |

El alza de estos precios afecta a nuestro nivel de vida en el importe que resulta de multiplicar la cantidad importada, menor a los precios más altos, por los nuevos precios. A esto hay que añadir el coste de reducir el consumo al pasar a otras fuentes de energía al reducirse el consumo de petróleo, etc. (Para producir otras clases de energía hay que abandonar inversiones antiguas y entrar en inversiones nuevas. ¿Cuánto cuesta este proceso?) La OCDE ha calculado (*op. cit.*) la pérdida directa por este concepto de la siguiente forma. Presenta una tabla en la que se expresan las reducciones en la renta real de las distintas regiones de la OCDE en 1980, en porcentaje del producto interior bruto y siempre en relación a lo que habría sucedido en el supuesto base que ya conocemos. Pues bien, aquí va el resultado.

| | U.S. 6 \$ | U.S. 9 \$ |
|-------------|-----------|-----------|
| U.S.A. | 0,4 | 0,4 |
| Canadá | — 0,2 | — 1,1 |
| OCDE Europa | 1,3 | 2,0 |
| Japón | 2,6 | 4,2 |

Obsérvese que a los indicados precios del crudo, Canadá exporta y su producto nacional aumenta. Por lo demás, llama la atención que la pérdida de ingresos reales sobre todo para U.S.A. pero incluso para Europa, es relativamente modesta si se la compara con las tasas de crecimiento del P.N.B. de estos países en los últimos años (para España más del 8 % en 1972 y 1973, por ejemplo).

Adelantemos aquí que esta pérdida sólo tiene lugar cuando desde el exterior se nos llevan más bienes y servicios reales a cambio de la misma cantidad de materias primas (por un mismo peso de petróleo que vale más dinero hay que entregar un mayor número de tricotas, por ejemplo). Dicho de otro modo, el trasvase de renta real a los países árabes sólo tiene lugar en la medida que éstos dedican sus incrementadas cantidades de divisas a efectuar más importaciones. Si no es así, sus mayores ingresos sólo aumentan su reserva de divisas, planteando problemas financieros, pero no reales. Por esto es tan importante la clasificación que hemos hecho entre los países exportadores en relación con su capacidad de absorber bienes y servicios reales a cambio de su petróleo.

14. Sobre todo, ese trasvase monetario tiene graves consecuencias para las balanzas de pagos de los países afectados. Todos estamos de acuerdo en que se producirá un déficit global para las balanzas de pagos en los países de la OCDE y un superávit importante para los países exportadores tomados en su conjunto. Pero el caso de los países singulares es mucho más complejo. Entre los consumidores, los nuevos precios convertirán al Canadá en exportador, beneficiando el cierre positivo de su balanza de pagos y crearán, en cambio, agudos déficits en la balanza de comercio japonesa. Según veremos después, el problema de la financiación de los déficits se relaciona más con ciertos países importadores que con su conjunto.

En cuanto a los exportadores, también la situación varía de un país a otro. Según ya hemos visto, unos tienen poco petróleo y muchos habitantes o mucho petróleo y muchos habitantes (Nigeria, Indonesia, Venezuela, Argelia) y otros mucho petróleo y pocos habitantes (Arabia Saudí, Emiratos del Golfo, etc.). Los primeros absorberán pronto el total de sus excedentes petrolíferos, al invertirlo en la financiación de su propio desarrollo. Los segundos acumularán superávits, aunque su capacidad de aumentar las importaciones parece mayor de lo que se suponía. El primer grupo ya importa el 60 % de sus ingresos petrolíferos y se supone que para 1980, no tengan excedentes importantes. Los demás gastan menos de un quinto de sus ingresos actuales en importaciones. Unos estiman que pueden aumentar éstas en un 75 % y otros en un 50 %, o menos. En todo caso para 1980 tendremos un déficit global de los países consumidores a favor de los productores. En conclusión, el cálculo de la OCDE puede resumirse así: Habrá un superávit anual por cuenta corriente para el conjunto de países de la OPEC de 30.000 millones de dólares (constantes de 1974) para 1980 y un saldo positivo acumulado entre 1972 y 1980, que oscilará entre 250 y 325 mil millones de dólares constantes.

IV

1. Los hechos indicados han llevado a un estado de alarma bastante agudo y generalizado.

Vamos a seguir estas etapas en el estado de ánimo de la opinión

mundial, a través del problema más inmediato y aparatoso que no es otro que el de los pagos exteriores.

Lo primero que debemos poner de relieve es que el problema energético no ofrece una fachada uniforme a lo largo y a lo ancho del grupo de países de la OCDE. Hay que separar el caso de los distintos países. Lo mismo que hemos hecho con los países productores hay que hacer con los consumidores. Muy concretamente, hay que separar el caso de los Estados Unidos, del caso del Japón y de Europa. Dentro de Europa, Alemania Occidental presenta facetas muy peculiares. Yo no llegaré, ni con mucho, a afirmar, como hacen algunos, que Estados Unidos ha tenido interés en provocar la crisis, en su deseo de perjudicar la posición comercial de Europa y Japón, que le hacían la competencia. Una crisis que podía dar el traste con el sistema de mercado era demasiado fuerte, para sentarse despreocupadamente a la mesa de juego. De todas maneras, está claro que lo sucedido con los precios del crudo no es un mal que se presente sin paliativos al coloso norteamericano.

En primer término, Estados Unidos sólo depende en un 8 % de sus necesidades del petróleo de la OPEC. Con ello desaparece el carácter angustioso que el problema ha tenido y aún tiene para Europa y para el Japón.

Por otro lado, al poner en peligro la industria europea y japonesa, aumentando sus costes y en momentos amenazando su misma existencia, la crisis ha favorecido a la industria exportadora norteamericana.

El alza de precios del crudo ha valorado la ingente reserva de petróleo de los Estados Unidos. A este particular lo mismo le ha sucedido a Rusia.

Aunque, sorpresivamente, el dólar ha bajado a lo largo de 1973. Creo que ello se debe a la posición particularmente alcista de algunas divisas como el franco suizo y el marco alemán, más que a una debilidad inherente al dólar. Creo que en la opinión de muchos éste está actualmente subvalorado y tendrá que recuperarse más tarde o más temprano. De momento su baja favorece al sector exportador norteamericano, influyendo favorablemente en las perspectivas de futuro de balanza de pagos de ese país.

Vuelvo a repetir que no creo en maquiavelismos estadounidenses a la hora de enjuiciar la crisis energética. Pero sí conviene tener presentes

los indicados hechos diferenciales, pues ellos contribuyen a explicar los recelos entre los países consumidores a la hora de negociar soluciones con los árabes.

2. Dentro de una corriente de pensamiento pesimista, el futuro se enfoca a medio y a largo plazo. A corto plazo las cosas se ven muy negras y no tanto, más lejos en el futuro.

A corto plazo, se plantea lisa y llanamente una cuestión de solvencia. Agotadas más pronto o más tarde, seguramente más pronto, las reservas de divisas del mundo occidental, ¿cómo pagaremos el petróleo que consumimos? Después, superado este bache, si es que se supera, ¿cómo restableceremos un nuevo equilibrio?

3. Con la vista puesta en el futuro más próximo, los pesimistas ven las cosas, en verdad, muy oscuras.

Tal vez una única excepción inicial. Un representante conspicuo de la teoría de que las cosas se arreglarán por sí solas, es una vez más el profesor Milton Friedmann, conocido monetarista de la Universidad de Chicago. A su juicio el problema nace de un conjunto de circunstancias tales que le confieren al cartel de productores un poder de monopolio sin precedentes y, por lo demás, insostenible. A juicio del profesor Friedmann, las reservas del petróleo son suficientes para el futuro previsible — y en esto se está bastante de acuerdo. En consecuencia, los pagos actuales no tienen más base que una imposición política. Cuando estos precios absurdos empiecen a frenar el consumo, los precios tendrán que bajar, pues los países productores pueden y desean vender. Yo he de decir que no creo que las cosas se produzcan con la facilidad expuesta. De todas maneras, tengo que reconocer que el alza de precios del petróleo se ha parado, y que hay algunos signos de suaves presiones a la baja. En efecto, el precio actual se ha asegurado por los países árabes reunidos en la cumbre de Argel hasta otoño del presente año. (Véanse las dificultades para aprobar un aumento de precios importante en la última reunión de OPEC en Viena.) Además, Arabia Saudita y los Emiratos dan señales de querer bajar el precio. Esta tendencia nueva se debe de una parte a que los países productores conservadores no desean poner en peligro las economías de mercado de los países occidentales. De otro lado, el consumo de crudos se ha reducido más de lo esperado, a la vez que las importaciones de ciertos países árabes crecen más de lo previsto y empiezan los productores a tener pro-

blemas en el reparto de las restricciones a la producción. A pesar de todo, no creo que el precio baje en un próximo futuro. En las páginas que preceden hemos aceptado un supuesto de precio constante (US 9 \$) y otro con una baja máxima previsible (US 6 \$).

Para gente menos optimista, el problema radica sobre todo en la magnitud de las cifras y en lo súbito del fenómeno. Recuérdese, simplemente, que los ingresos por petróleo de todos los países de la OPEC no rebasaban en 1972 los quince mil millones de dólares, mientras que en 1974 ascendían a cien mil millones de dólares. ("World aid cooperation or international chaos", Walter J. Levy.) Para los países menos desarrollados se salta de cinco a diez mil millones y el aumento es mayor que la ayuda exterior total recibida por esos países. Ya hemos visto que un cálculo moderado indica un superávit de petrodólares en manos de los productores para 1980 de 325.000 millones de dólares constantes de 1974. Sea como sea, aunque estas estimaciones varían mucho, las cifras van a ser ingentes.

4. La pregunta que se plantea es cómo se podrán pagar estas sumas. De momento con las reservas de divisas. Pero éstas durarán poco, incluso en el caso de países como España que entra en la crisis con unas reservas bastante altas. Según veremos más adelante, el problema que plantea el déficit de la balanza de comercio no puede resolverse por la vía de la balanza corriente. Sólo a través de los movimientos de capital a largo plazo es posible la solución.

En efecto, la otra vía, no puede ser más que el aumento de nuestras exportaciones. Éstas disminuyen nuestro nivel de vida real pero, por lo menos, resuelven el problema de solvencia y, por ende, permiten que nuestro sistema económico siga funcionando. Aunque los datos de los últimos meses parecen indicar, según también hemos dicho, que las importaciones de los países árabes aumentarán más de lo pensado, esta solución no es suficiente. Y no es suficiente porque muchos de los países productores tienen unas economías primitivas que no pueden absorber los bienes y servicios que sus ingresos les permitirían comprar. Por otra parte, en el mercado internacional no está nada claro que las preferencias de los importadores se dirijan a los productos españoles en cuantía suficiente. Habrá, pues, unos déficits considerables por las cuentas de comercio de los países de la OCDE.

Con esto llegamos al famoso tema del reciclaje. No parece, a pri-

mera vista, que ésta pueda ser la solución final. Se trata de que los países productores le presten a los países consumidores el dinero necesario para que paguen sus deudas energéticas. Pero esto tiene una serie de límites técnicos a los que nos referiremos después. De momento basta con que los árabes desean prestar a los países sin problemas para los árabes inversores, como Alemania, Estados Unidos, Canadá o Suiza, que son precisamente los que tienen menos problemas de balanza de pagos.

Se habla también de que algunos países emitan deuda pública, bonos del tesoro por ejemplo, que absorberían mediante el pago de intereses adecuados los dólares excedentarios. Entonces los países emisores podrían prestar este dinero a sus aliados del mundo occidental más necesitados. Pero también aquí las cifras ingentes que se manejan, hacen de ésta una simple posibilidad parcial.

Por último disponemos de la inversión directa. Irán compra acciones de la Krupp o de la Pan-American. Kuwait compra un hotel en Palma de Mallorca. Se trata de una clase de operación que tiene dificultades por ambos lados. Los países occidentales, evidentemente, no pueden permitir que los árabes adquieran una parte importante de su aparato industrial, ni de su suelo. Para los árabes, una inversión demasiado aparente corre el riesgo de ser "nacionalizada" en el futuro, del mismo modo que han sido "nacionalizadas" las inversiones extranjeras en los países árabes. Total, que no es una fórmula lo bastante amplia para resolver las cosas del todo. El problema a corto plazo no tiene una solución clara. Los pesimistas no descartan una acción bélica, si se llegara a estrangular el funcionamiento de las economías occidentales, cortando eventualmente los suministros. Los señores Kissinger y Ford no vacilaron en su momento en referirse a esta posibilidad.

5. A más largo plazo, o sea a más de seis años, incluso los pesimistas, no lo son tanto. Ya hemos visto cómo las proyecciones de la demanda de productos petrolíferos se estabiliza en términos absolutos y disminuye en términos relativos. A largo plazo, nada le resulta imposible a la ciencia y a la técnica occidentales. Se habla, por ejemplo, de que el hidrógeno podrá utilizarse directamente en los motores de explosión. Se trata de una fuente de energía directa, que no ha de pasar por la transformación eléctrica como la energía atómica. El carbón, las arenas bituminosas, la energía solar, son otras tantas posibilidades.

Parece que estas fórmulas producirán energía a un coste equivalente entre los 4 y 7 US \$ el barril. Por eso, en Estados Unidos se habla de mantener un precio mínimo para el petróleo, incluso si lo bajaran los países productores, a fin de proteger las inversiones que harían falta para producir esta otra energía más cara. Sólo así se asegurarán las indicadas fuentes alternativas. Al fin y al cabo, el problema no es tanto el coste de la energía, como que este coste haya que pagarlo al extranjero. Se trata no tanto de que la energía vuelva a ser más barata, como de que se trate de una energía interior. En este último caso la energía se pagará a suministradores nacionales y no habrá dificultades de financiación exterior. Tampoco cederemos una parte de nuestro nivel de vida a los países productores. Se establecerá un nuevo equilibrio interno a los nuevos precios, y eso es todo. A largo plazo, pues, el problema tiene solución.

De inmediato, en cambio, las consecuencias de la situación no son tolerables ("World Aid Cooperation or International Chaos", Walter J. Levy). A corto plazo, todo es posible. Incluso el cataclismo bélico, según ya hemos dicho.

6. Esta impresión que he calificado de pesimista tiene su contrapartida menos trágica. Hay autores y economistas que ven las cosas de otra manera. Me parece que vale la pena seguirle la pista a su análisis.

No debemos olvidar, por otra parte, que el embargo de petróleo ocurrido a fines de 1973, fue una de las experiencias más humillantes que haya sufrido el mundo occidental en la Edad Moderna. No es extraño que el punto de partida fuese de un claro pesimismo. Pero eso no debe hacernos olvidar los hechos. Veamos cómo se presentan, a los ojos de los que ven las cosas con tintes menos sombríos.

7. El proceso de reajuste a largo plazo resulta de los mismos problemas que tenemos planteados. Ya hemos dicho que las dificultades que nos plantea la crisis petrolífera se refieren básicamente a lo que los pagos petrolíferos costarán en términos de nivel de vida a los países importadores y a las dificultades de las balanzas de pagos de esos mismos países. Dejemos de momento a un lado este último aspecto de la cuestión para concentrarnos en el primero.

Ya hemos anticipado antes que nuestro consumo bajará únicamente en cuanto los árabes hagan uso del dinero que se les pague por su petróleo, para comprarnos bienes y servicios reales. Mientras esto no ocu-

rra habrán detraído un dinero de nuestra demanda efectiva, pero nada más. Mientras este dinero no vuelva a los flujos de nuestra economía su detracción tendrá unos efectos simplemente deflacionarios que no afectarán a los bienes y servicios disponibles. Esto es malo porque aumenta nuestras dificultades de pago, pero es bueno porque no nos obliga a presionar sobre nuestro aparato productivo contribuyendo a la inflación. En cambio, pone en manos de los árabes un ahorro importante que si éstos nos lo prestaran permitiría financiar sin inflación — porque sería ahorro real — fuertes inversiones. Precisamente las fuertes inversiones que exigirá la creación de fuentes alternativas de energía y, sobre todo, el crecimiento o desarrollo que nuestras economías han de obtener si hemos de absorber el alza en el coste del petróleo. Para muchos autores la única manera de volver a un equilibrio mundial se halla en el fuerte desarrollo de las economías de los países consumidores. Éste les permitirá pagar a la OPEC, sin grave perjuicio para los países consumidores y, por tanto, en beneficio de todos.

Entre distintos autores que avanza esta tesis la argumentación más elegante es la que presenta Chenery haciendo una analogía con lo que pasó cuando el Plan Marshall. En ese momento la posición de U.S.A. era muy similar a la que mantienen los miembros de la OPEC (Hollis B. Chenery, *op. cit.*). La tesis pretende convencer de que el desarrollo rápido de las economías de la OCDE permitirá pagar los intereses de inmediato y eventualmente el principal de la deuda petrolífera. Y a medida que los países productores de petróleo lo requieran y puedan absorberlo, les podrá exportar bienes y servicios que acaben pagando el petróleo. Estos pagos después de un período de diez o más años de crecimiento medio del 5 % acumulativo de las economías de los países consumidores, serán perfectamente factibles. Será factible, además, devolver los capitales prestados. Claro que para que esto sea posible es preciso que los países de la OPEC presten sus superávits para financiar el desarrollo de los países de la OCDE. Se sostiene que esto les conviene, entre otras cosas, porque no hay tampoco para ellos otra alternativa.

Veamos en síntesis cómo se desarrolla la tesis. En el fondo, se trata de aplicar la teoría por la que los países en desarrollo aceptan endeudarse a largo plazo para con ese dinero industrializarse y, esto conseguido, pagar principal e intereses con la Renta Nacional incrementada. Lo importante es conseguir créditos durante la etapa de industrializa-

ción. Para ello hace falta que el país acreedor esté dispuesto a prestar los fondos, para lo que, a su vez, hace falta que tenga confianza en el resultado final. Chenery estima que las necesidades de crédito de los países consumidores no son más gravosas de lo que en su día pudo ser el Plan Marshall si Europa hubiese tenido que devolver las cantidades recibidas. El autor, al desarrollar su ejemplo, supone se paga la ayuda Marshall y le atribuye unos intereses intercalarios (5 %). Para hacer más realista la comparación omite a los EE. UU. y Canadá en ambos supuestos, pero incluye en el período OPEC al Japón y a Alemania. El resultado queda tabulado de la siguiente forma.

COMPARACIÓN DE LOS PROCESOS DE ADAPTACIÓN: 1947-55 Y 1974-85
(miles de millones de dólares en precios de 1974)

| A) 1947. Adaptación | 1947 | 1950 | 1955 |
|--------------------------------|-------|-------|--------|
| 1. Producto nacional bruto | 350 | 435 | 578 |
| 2. Exportaciones | 51 | 94 | 134 |
| 3. Importaciones | 75 | 90 | 116 |
| 4. Importaciones netas capital | 31 | 11 | 2 |
| 5. Deuda | 31 | 74 | 92 |
| 6. Atención hipotética deuda | 1,4 | 3,6 | 17,9 |
| 7. Atención deuda/P.N.B. | 0,4 % | 0,8 % | 3,1 % |
| 8. Atención deuda/exportación | 2,8 % | 4,0 % | 13,0 % |
| B) 1974. Adaptación | 1974 | 1980 | 1985 |
| 1. Producto nacional bruto | 1.921 | 2.695 | 3.082 |
| 2. Exportaciones | 361 | 524 | 776 |
| 3. Importaciones | 329 | 460 | 710 |
| 4. Importaciones netas capital | 40 | 45 | 34 |
| 5. Deuda | 40 | 285 | 500 |
| 6. Atención hipotética deuda | 8 | 48 | 51 |
| 7. Atención deuda/P.N.B. | 0,4 % | 1,8 % | 1,6 % |
| 8. Atención deuda/exportación | 2,2 % | 9,2 % | 6,6 % |

Realmente la tabla sitúa el problema actual en su verdadera perspectiva. La proporción de las importaciones europeas, en el caso Marshall — equipo industrial y materias primas — y en el caso OPEC — petróleo — a pagar con importaciones de capital — en el primer caso con la ayuda americana, en el segundo con préstamos de los países productores de petróleo — es muy inferior en la situación actual. Sobre todo las atenciones de la deuda (intereses y dividendos) representan en el primer supuesto el 3,1 % del P.N.B. y en segundo apenas el 1,6 %. La misma carga de la deuda en relación a las exportaciones resulta ser en el primer caso el 13 % y en el segundo apenas el 6,6 %. Europa pudo salir airosa en el primer supuesto gracias a la ayuda americana y, sobre todo, gracias a que su economía creció rápidamente y de forma sostenida durante esos años. Esta misma fórmula debe aplicarse según estos argumentos.

Claro que las cosas no resultan tan fáciles en la práctica. De todas maneras, los obstáculos no resultan insuperables a los ojos de los optimistas.

Según hemos visto, los países de la OCDE tendrán su deuda máxima en 1985, sin que la carga de la deuda alcance el 2 % de P.N.B. Incluso si los intereses y beneficios promedian más del 5 % del capital invertido, que es más de lo que ganan ahora, apenas sobrepasará el 6 % de las exportaciones. A partir de 1985, las corrientes de capital se moverán en la dirección opuesta, pero en cuantía manejable.

Ahora, la preocupación es que las inversiones pueden ser estratégica y políticamente inaceptables. De todas maneras, hablamos de unas cifras probables del orden de quinientos mil millones de dólares en 1985. Algo así como el 5 % de todos los títulos de renta fija o variable cotizados en los países de la OCDE. Esto puede crear problemas evidentes en casos concretos según ya hemos visto que opinaban los pesimistas, pero en conjunto no debe ser problema.

Mucho más grave son las pérdidas producidas por la reducción del ritmo de crecimiento.

Lo que probablemente hará falta, si se quiere que este proceso funcione sin roces, es que algún organismo de colaboración entre productores y consumidores, sea puesto en marcha. Si esto se hace, el mecanismo puede funcionar.

8. A corto plazo, cuando las dificultades de balanza de pagos, y

por tanto financieras, juegan un papel preponderante, también la medalla presenta dos caras distintas. Ya hemos visto cómo a la larga, siempre que consigan un ritmo alto y sostenido de crecimiento, los países consumidores podrán absorber sin demasiado esfuerzo el alza de los precios del petróleo. Eventualmente, los países productores habrán alcanzado un nivel de desarrollo lo bastante alto para poder cobrar el importe de sus exportaciones con importaciones. Incluso el día ha de llegar en que compartan con los países industriales la responsabilidad de ayudar al grupo de países menos desarrollados. Es concebible, pues, que los exportadores de capitales de hoy sean deficitarios dentro de diez o veinte años. Para que este simétrico proceso tenga lugar hace falta que los países productores obtengan excedentes y estén dispuestos a aportarlos a los países consumidores. Ya hemos visto que los recelos de estos últimos en cuanto a un resultado final positivo, no resultaban excesivamente justificados. Tal vez, lo que no aparezca tan claro son los motivos por los que los productores deban prestar o invertir en las economías de sus clientes. Una vez demostrado que el dinero estará disponible, y sólo entonces, hará falta hablar del mecanismo monetario internacional idóneo para canalizar todas estas operaciones.

La verdad es que los productores no tienen otro remedio que prestar su dinero a sus clientes consumidores de petróleo ("The Economic Consequences of the Energy Crisis", Gerald A. Pollack). En efecto, toda producción y venta de petróleo por encima de la capacidad por parte de los productores de absorber importaciones originadas en los países consumidores, representa una inversión por parte de los primeros en las economías de los últimos. Cuando un exportador de petróleo cobra las libras que alcanza su factura no hace más que invertir en Inglaterra o en la zona de la libra. Como quiere defender sus saldos líquidos contra la inflación, buscará fórmulas de inversión que le produzcan un rendimiento. Por tanto, no existe aumento en el superávit petrolero de los productores, ni por tanto en el crecimiento del déficit petrolero internacional de los países consumidores, sin que se produzca un aumento correlativo de igual importe en las inversiones, o si se quiere, en las importaciones de capital a largo plazo, en los países consumidores de petróleo. Claro que los vendedores de petróleo pueden cobrar en dólares, en vez de libras esterlinas. O en marcos. Pueden dedicar ese dinero a inversiones financieras indirectas o a inversiones directas reales. Pue-

den actuar de acuerdo con los gobiernos de los países consumidores, o en contacto con el sector privado, o incluso a través de instituciones internacionales como el Fondo Monetario. El resultado global y de conjunto será siempre el mismo. En consecuencia, o el dinero proveniente del oro negro se gasta en importar bienes para los países productores, lo que equivale para éstos a una inversión o a un consumo internos o, si hay un remanente, éste les representa sin vuelta de hoja una inversión exterior. Como muy bien dice Pollack (*op. cit.*), estas inversiones de los países productores a favor de los consumidores, sólo pueden disminuir por tres vías:

A) Aumento de las importaciones. Ya hemos visto que esto sólo es posible en parte y que siempre habrá un superávit, debido sobre todo a la poca capacidad a corto y medio plazo de absorber importaciones por parte de algunos de los países productores, especialmente Arabia Saudita y los emiratos del Golfo.

B) Reducción de la producción del petróleo y de la consiguiente exportación a los países consumidores. Esto sólo se puede conseguir rebajando drásticamente los precios o reduciendo los embarques físicos. Los precios probablemente no subirán más y tal vez bajarán algo. Una reducción a fondo no parece políticamente posible. Una reducción sustancial de los embarques pondría en peligro la existencia misma del mundo libre y en tal caso no cabe descartar la acción bélica. Pero además los países productores deben considerar si les conviene más producir excedentes o guardar el petróleo en su subsuelo. Si recordamos que aunque el rendimiento de las inversiones sea escaso, sí defenderán el valor real de las mismas para sus titulares, y al mismo tiempo pensamos que el precio futuro del petróleo no tiene tendencia a subir, está claro que a los amos del petróleo les interesa producir, vender e invertir en los países industrializados. Dado que además la utilización de las instalaciones existentes por debajo de su plena capacidad es técnicamente muy difícil, no parece que se vaya a cortar la producción. (Para un análisis más formal de la oferta de materias primas, así como para una parte de la bibliografía sobre el tema, consúltese Robert M. Solow, "The Economics of Resources and the Resources of Economics".)

C) Por último, los países productores podrían dedicar sus excedentes a ayudar a los países pobres. Esto es algo que debe descartarse por improbable. Por lo menos en las cifras requeridas.

En consecuencia, los déficits monetarios, procedentes del petróleo, que se produzcan en los países consumidores, serán devueltos a los mismos como importaciones de capital a largo plazo, para su inversión en la economía.

9. Donde el problema aparece más difícil es a la hora de repartir las inversiones entre los países consumidores. Si la inversión de los productores encajara exactamente con las necesidades particulares los distintos países de la OCDE, del mismo modo que se corresponden con exactitud en su conjunto, prácticamente no habría problema. Pero eso no será así y ello nos lleva a comentar brevemente sobre el papel que pueden representar las instituciones y mecanismos financieros internacionales. ¿Está el sistema monetario internacional a la altura de las circunstancias? Acabamos de indicar que las dificultades y tensiones se producirán sobre todo entre países consumidores. Quiero simplemente recordar con Pollack (*op. cit.*), los puntos más salientes de esta cuestión.

a) *Los mecanismos.* El equilibrio global entre los grandes superávits de balanza de pagos (no de comercio) de los unos y los déficits de los otros encontrará su principal ajuste a través del mecanismo de los cambios entre las distintas divisas. Si un país puede importar más capitales a largo, el valor de su divisa aumentará en relación a las monedas de los países que no se hallen en esta situación, se encarecerán las exportaciones de los unos mientras se abaratan las de los otros, y por esta vía se tenderá a un nuevo equilibrio. El peligro está en que los distintos países, alarmados por la situación, acudan a prácticas restrictivas de comercio internacional en evidente perjuicio para todos.

b) *Las instituciones.* No podemos entrar en el detalle de esta cuestión. Algo hemos dicho de ella al hablar de los temores de los pesimistas. Indiquemos ahora, únicamente, que una fuente de liquidez importante es el mercado de eurodólares, incrementado en su masa monetaria por lo que ya llaman los petrodólares. Tiene para los que poseen dólares las ventajas del anonimato, que evidentemente no tienen otras inversiones (véase el escándalo de prensa suscitado por la intervención de Irán en la Pan-American Airways). Está claro que si el día de mañana se conocen las inversiones de centenares de millones de dólares de los países árabes, éstos corren el peligro de que se incauten sus dineros un poco en la línea de lo que ellos suelen hacer.

El mercado de dinero y de capitales norteamericano puede ayudar. El Fondo Monetario Internacional puede distribuir fondos petrolíferos. El Banco Mundial, los gobiernos y las instituciones financieras privadas ofrecen constantemente nuevos esquemas y fórmulas. Ni es posible, ni necesario, seguirles la pista día a día. Lo importante es asegurar un mínimo de estabilidad de los flujos financieros. Y esto no es fácil pero es posible. Basta que traigamos a colación las siguientes palabras de Pollack (*op. cit.*). La clase de viabilidad del sistema monetario internacional no se ha de encontrar mediante ninguna inspiración superior que permita configurar una manera de absorber y neutralizar una parte suficiente de los fondos de la OPEC. Nada se podrá hacer sin la cooperación de ambas partes. Resumiendo la postura optimista, cabe decir lo siguiente (Pollack, *op. cit.*): “En lo positivo, los superávits o excedentes de la OPEC permanecerán necesariamente en los mercados financieros de los países consumidores y las instituciones financieras actuales parecen relativamente capaces de canalizar el dinero donde haga falta, por lo menos en el mundo industrializado. Del otro lado, existen dudas sobre la capacidad de estas instituciones para dominar la inmensa magnitud de las cifras involucradas, sobre la aptitud de los países menos desarrollados y sin petróleo para que la corriente no se los lleve río abajo y acerca de las posibilidades de estabilidad de un sistema financiero basado hasta tal extremo en los préstamos internacionales.”

“Lo más que podemos decir es que si los países productores y consumidores son capaces de cooperar a la hora de estudiar y aplicar soluciones, no hay nada en las instituciones vigentes que excluya de antemano un final feliz.”

10. Recogiendo algo que ya llevamos dicho en las anteriores páginas, a estas alturas debe quedar claro que la crisis no tiene solución sin que ambas partes cooperen. Tanto el análisis a largo plazo como el que se acaba de hacer en relación a los problemas más inmediatos, exige la cooperación entre los países afectados. Entre productores para ajustar la producción entre sí a la luz de sus necesidades desiguales de divisas. Entre consumidores para asegurar el suministro a todos, incluso a los que parecen menos solventes. Entre productores y consumidores, para la reinversión de los superávits petrolíferos se produzca en condiciones aceptables para todos. Una vez dominados los recelos tradicionales, ello debiera ser posible porque conviene a los intereses de unos

y otros. La recentísima cumbre de Argel parece revelar el creciente predominio de la sensatez y la moderación, entre los países productores.

Entre los consumidores se llega a la misma conclusión constructiva aunque se difiere sobre la manera de organizarse como paso previo. Francia propone una reunión tripartita entre algunos países consumidores, productores y del tercer mundo pobre (si se me permite la expresión). Es la fórmula suave. Kissinger, por su parte, quiere constituir la Comisión de Energía para organizar los países consumidores antes de llegar a la mesa de negociaciones con los productores. El asesor del Secretario de Estado norteamericano, Sr. Walter Levy (*op. cit.*) define esta política — que podríamos llamar dura — “pidiendo cooperación entre países consumidores, comprensión para las necesidades y aspiraciones de los productores, austeridad en el consumo y realización por parte de los productores que no está en los intereses de nadie forzar los precios al alza o los suministros a la baja”.

Unos y otros, sin embargo, van a la cooperación que resulta insoslayable si no queremos caer en la catástrofe, y que a la vez permite todas las esperanzas.

V

1. Quiero advertir que no era mi propósito ni entrar en las dificultades de llevar a la práctica el esquema propuesto, ni especificar fórmulas concretas para su desarrollo. Simplemente para poner de presente su existencia sigue ahora una brevísima alusión al que me parece el principal obstáculo y en seguida una referencia a los puntos que deberá cubrir la eventual cooperación con los productores.

Hemos consignado en el curso de este escrito algunas de las dificultades que la visión hasta cierto punto optimista que hemos presentado puede encontrar del lado de los países consumidores y por parte de los países productores. Es imposible traer a colación todos los obstáculos previsibles. Con todo, algo me parece que debe decirse de la inflación en relación con las soluciones aquí apuntadas. Si la solución puede estar en la expansión y la inflación es algo malo, dado que la expansión fomenta la inflación, puede ser éste un grave fallo interno. El precio del petróleo tiene un impacto directo sobre los precios. Se ha calculado

que en Estados Unidos esta alza puede elevar en 2 puntos el índice general de precios y en 3 el coste de vida. (Pollack, *op. cit.*) El pase del gasto en bienes de consumo a bienes de inversión, dado que los precios son resistentes a la baja, sólo puede aumentar la inflación general. La devaluación del oro puede también contribuir a aumentar la inflación.

En esta situación provocada por la necesidad de pagar el petróleo, el deseo de los países de parar la inflación y aumentar las exportaciones al mismo tiempo, puede ser contradictorio con la política expansiva que hemos propuesto, pues los primeros objetivos exigirían frenar la marcha adelante de las economías. En definitiva (Pollack, *op. cit.*), hay que pensar que la política expansiva prevalecerá porque en este momento es la única posible y porque políticamente es la más aceptable. En economía, como siempre en la vida, llega un momento en que es preciso optar. Recuérdese, sin embargo, que según nuestro esquema la inversión a base de petrodólares obedece a un ahorro forzoso previo y no debiera ser inflacionaria en su esencia, aunque existe inflación por otros motivos.

2. Otro aspecto de nuestro esquema optimista que queda por dilucidar es el de las expectativas empresariales. Según nuestro análisis el superávit petrolífero significa un ahorro forzoso por parte de los países industriales, cuyo importe los países petroleros están dispuestos a facilitar para su inversión en los propios países deficitarios. Ahora bien, hace falta que los empresarios de los países consumidores estén dispuestos a convertir ese ahorro en inversión real. A juzgar por la "stagnation" que prevalece por ahora en los países consumidores no está claro que este último y decisivo paso de nuestro análisis vaya a darse con el empuje y fuerza requeridos.

3. La cooperación en lo técnico, en cuyo detalle tampoco podemos entrar ahora, debe, en todo caso, girar necesariamente alrededor de los siguientes puntos:

a) Asegurar una liquidez suficiente para que les interese a los árabes confiar sus dineros. Pero esta liquidez debe ser controlada para que no destruya el sistema crediticio internacional dando bandazos de un lado a otro mientras ingentes masas de dinero se mueven de un país a otro o de una inversión a otra, históricamente.

b) Controlar las *fluctuaciones* de los cambios entre divisas que pue-

den producir fuertes perjuicios a los tenedores del dinero y desequilibrios inadmisibles en el comercio exterior de los países consumidores.

c) Los productores tienen derecho a que se les defiendan sus inversiones contra la inflación.

En cuanto a las inversiones a largo plazo, la fórmula jurídica puede variar, pero algo parecido a los fondos de inversión mobiliaria, por ejemplo, podría ser útil. ("How can world afford OPEC oil", por K. Farman Farman, A. Gutowski, S. Okita, R. V. Roosa y C. L. Wilson.) Pero ya he dicho que todo esto escapa al propósito de este estudio.

VI

1. Ya hemos visto que el aspecto petrolífero era sólo un aspecto, el más dramático sin duda, pero sólo un aspecto, de los varios que configuran la crisis mundial actual. Creo que el tema de las dificultades de alimentar la creciente población mundial, es otro problema fundamental. Como veremos en seguida, enlaza en más de una forma con las dificultades originadas en el petróleo.

2. Empecemos por recordar algunos de los hechos más protuberantes. En primer término, como es natural, se sitúa la cuestión de los precios. Aquí, más que cuando se habla del petróleo, deben tenerse en cuenta las tendencias inflacionarias coyunturales que asolan el mundo debido, principalmente a un ritmo de crecimiento mundial excesivo. Es difícil separar estas influencias a corto plazo de las que con carácter estructural influyen sobre los precios de los productos alimenticios. Para situar las cosas recordemos que a principios de 1974, punto máximo del alza (H. B. Chenery, *op. cit.*) los precios de los productos alimenticios básicos habían subido un 100 % en relación a la media de 1968-70, mientras que los fertilizantes subían un 170 % y el petróleo el 350 %. En el mercado interno del primer país productor de alimentos — que son los Estados Unidos — el coste de éstos había subido a principios de 1974 un 25 % en relación a dos años antes. Desde agosto de 1971, hasta junio de 1973 una serie de acontecimientos mundiales — catástrofes climatológicas, o conflictos institucionales — forzaron los precios hacia arriba con una viveza sin precedentes. (Lyle P. Schertz, "World Food: Prices and the poor".) Esta crisis permitió poner de manifiesto la gra-

vedad de la situación para países como la India y la China, así como la dependencia de casi todo el mundo, de los Estados Unidos y en mucha menor escala, de Canadá, Australia y Argentina, para nuestra alimentación. Las exportaciones agrícolas de los Estados Unidos en 1973, alcanzan los 18.000 millones de dólares, doblando los 9.000 millones que exportaron en 1972 y casi triplicando los seis billones y pico que venían exportando de promedio con anterioridad. Para los países del tercer mundo estas exportaciones de comida son decisivas y para Estados Unidos representan el equilibrio de su balanza de comercio, por lo demás deficitaria. Ambos hechos tienen sus consecuencias. En efecto, hay que prever fuertes oscilaciones en los precios futuros, aunque de momento la tendencia sea a quedar por debajo de los precios máximos alcanzados.

3. En esta síntesis de los hechos más significativos, destaquemos que sólo una parte pequeña de los alimentos que se producen en el mundo, a diferencia de lo que ocurre con el petróleo, se mueven en el comercio internacional. Pero esta fracción que sí lo hace es absolutamente vital para los que podríamos llamar países hambrientos. En efecto, a pesar de la posición monopolista de Estados Unidos y Canadá en la producción cerealista mundial, el valor de las exportaciones de cereales apenas llega al 25 % de las de petróleo. De todas formas, si los aumentos en el precio del petróleo han representado para los pobres 10 mil millones de aumento en el volumen de sus importaciones, los aumentos en el precio de alimentos y fertilizantes representan otros 6 mil millones de dólares. Pero además estos aumentos perjudican directamente a los más pobres en cada país pobre, ya que son ellos los que gastan una proporción mayor de sus rentas en comida. (Chenery, *op. cit.*)

4. Antes de seguir adelante conviene hacer una primera advertencia. Lógicamente, el aumento de la población aumenta la demanda de alimentos, aunque sobre esto hay más que decir de lo que pueda parecer a primera vista. (M. S. Teitelbaum: "Population and Development: is a consensus possible?") De momento me parece que el problema principal proviene de las mejoras en la calidad y cantidad de las dietas de los países ricos. Éstos se han aficionado a comer proteínas (6,5 kgs. de cereales son necesarios para producir un kilo de carne) mucho más allá de lo que requiere una alimentación sana y equilibrada. Esta afición por la carne es más una necesidad social o política que dietética. El cre-

cimiento del consumo de cereales en países donde no aumenta la población se debe a ella. El siguiente cuadro es muy aleccionador (L. P. Schertz, *op. cit.*).

CONSUMO DE CEREALES POR PERSONA
(en libras)

| | media 1964-66 | media 1972-74 | aumento % |
|----------------------|------------------|------------------|--------------|
| Estados Unidos | 1.600 | 1.850 | 16 |
| Rusia | 1.105 | 1.435 | 30 |
| Comunidad Europea | 900 | 1.000 | 11 |
| Japón | 530 | 620 | 17 |
| China | 420 | 430 | 2 |
| Países desarrollados | 370 | 395 | 7 |

Obsérvese que el *aumento* en el consumo de alimentos experimentado en Estados Unidos y Rusia entre los dos períodos examinados representa más de la mitad del *consumo total por persona* en los países pobres.

A partir de 1972 se produce un fenómeno que si bien era explicable, resulta nuevo en relación con lo que aquí nos interesa. O sea, que en momentos de necesidad el rico, tanto si es comunista como no, come y entretanto el pobre, sea cual sea su ideología, ayuna.

Hasta 1972, cuando la cosecha fallaba, los rusos comían menos. A partir de ese año, los rusos han decidido, cuando algo falla en la agricultura, comer igual comprando alimentos en el mercado internacional. De ahí los grandes incrementos en los precios que hemos destacado y de ahí que los ricos coman mucho más que los pobres. Los que producen alimentos, porque disponen de ellos y los demás, si son ricos, porque disponen del dinero para importarlos. Piénsese que el aumento considerable en la producción de alimentos alcanzado por los países subdesarrollados (un 30 % en los últimos diez años) se ha visto absorbido por los aplastantes aumentos de la población.

Dadas las condiciones geográficas óptimas podemos decir que Es-

tados Unidos es el productor natural de alimentos para todo el mundo, muy allá en el futuro previsible.

Que Europa podrá a duras penas mantenerse autosuficiente a los altos niveles alimenticios que hoy son los suyos.

Los demás países tendrán que doblar en 1985 las importaciones que requerían en 1970. Los ricos como Rusia podrán pagarlas, otros no. (Claro que esto se deberá tanto a la mejora de las dietas como al aumento de bocas que llenar.)

Piénsese simplemente que en 1972 la Rusia soviética compró el 20 % de toda la cosecha de trigo norteamericana ese año. Como es lógico, los precios subieron y países como la India no tuvieron reservas para pagar el aumento y con malas cosechas ese año vieron las dietas de sus nacionales bajar por debajo del nivel de subsistencia (Schertz, *op. cit.*).

Quemando etapas, Schertz resume las perspectivas futuras de la producción mundial de alimentos y concluye que si se dan ciertas condiciones, la producción mundial *per capita* será ascendente, aunque difícilmente los precios volverán a bajar a los niveles anteriores a la crisis. Esta situación relativamente optimista sólo será posible si se dan una serie de condiciones.

Entre estas condiciones se halla un suministro suficiente a precios adecuados de fertilizantes. Y esto depende de que se resuelva la crisis del petróleo.

5. Entramos, pues, ahora a relacionar petróleo y alimentos. Ello se produce por la vía evidente de que la producción agrícola también consume energía y por la menos conocida circunstancia de que los actuales volúmenes de producción agrícola mundial son inconcebibles sin los fertilizantes modernos, que derivan básicamente del petróleo.

Los fertilizantes juegan un papel en cierto modo más importante que el clima y la geografía, ya que estos últimos elementos son decisivos pero escapan casi del todo a la voluntad del hombre. Lo más que puede decirse es que las condiciones naturales óptimas se concentran en Estados Unidos y Canadá. Y sólo con energía y fertilizantes, ambos derivados esencialmente del petróleo, pueden influirse estos hechos de entrada.

La situación en Estados Unidos será de suministro adecuado pero fuerte aumento en el precio de la energía (25 %) y consiguiente repercusión en los precios de las exportaciones agrícolas norteamericanas.

En Europa y Japón se prevén precios en alza y bastantes incertidumbres en el suministro.

Pero las consecuencias para los países pobres no productores de petróleo, aparecen como catastróficas. Entre China y la India, por ejemplo, importarán un tercio del nitrógeno disponible en el comercio internacional. Las consecuencias de la nueva situación pueden resultarles fatales a ambos gigantes demográficos.

Está claro que el futuro sólo será predecible y la situación tolerable si los países productores de alimentos y los países productores de petróleo se ponen de acuerdo con los países pobres para llegar a soluciones aceptables.

6. La necesidad de coordinar esfuerzos no se presenta sólo en la relación entre países productores de comida y países hambrientos. También aquí, como en el caso del petróleo, se dan distintos supuestos según sean los países que se consideren.

En el caso de Rusia y China, compradores de monopolio de Estado, sus compras pueden afectar la estabilidad interna de los países productores. China y Rusia conocen la situación en Estados Unidos y Canadá y no puede decirse que lo contrario sea el caso. Realmente, o se coordina entre todos o el régimen de libertad no podrá mantenerse. No sería justo que los países deficitarios pero ricos pudieran comprar los alimentos que quisieran en los países productores, creando dificultades en esos mismos países y aumentando las dificultades en los países deficitarios de alimentos y además pobres.

En cuanto se entra en el detalle de la cuestión, la necesidad de la cooperación internacional resulta más aparente. Una medida que todos parecen aconsejar es el mantenimiento de reservas de trigo para atender a las necesidades que se presenten en los años de cosecha mundial mala. Ahora bien, se estima (Schertz, *op. cit.*) que esto implica el almacenaje de casi 40 millones de toneladas, lo que a su vez exige una inversión de 5.000 millones de dólares y un gasto anual — sin incluir intereses — de almacenaje por encima de los 600 millones de dólares. Está claro que esto sólo es posible a base de una acción concertada a nivel internacional.

¿Cómo obligar, por lo demás, a Estados Unidos a que alimente a los países pobres cuando su balanza comercial es deficitaria y necesita las divisas que producen las ventas de productos agrarios? Parece obli-

gado ayudar a los países pobres a que produzcan más alimentos. Ello no será posible sin la ayuda técnica y económica de los países productores y ricos. Tal como dice Schertz "El mundo debe imaginar nuevos enfoques. Los Estados Unidos pueden contribuir en gran manera. Pero la determinación de soluciones para el problema alimentario mundial exige la acción concertada entre países productores y consumidores ricos y por parte de los organismos internacionales. Sobre todo debemos preocuparnos por el destino de los países subdesarrollados".

7. También aquí la cooperación mundial resulta inevitable.

VII

1. Deliberadamente, hemos dejado al margen la cuestión monetaria internacional, la tercera de las grandes cuestiones que afectan el fondo de la actual crisis mundial. Es un tema muy especializado y no quiero alargar aún más este trabajo. Por lo demás, lo que probablemente me habría interesado destacar del mismo es algo que resulta evidente de la lectura de los periódicos. El sistema monetario internacional presentaba una serie de dificultades en su servicio eficaz al ordenado desarrollo del comercio entre naciones, desde hacía años. Con los cambios fluctuantes y la no convertibilidad del dólar en oro, el mecanismo ideado en Bretton Woods ha dejado de existir. Es preciso montar otro andamiaje que tenga en cuenta la situación actual y muy concretamente las nuevas necesidades financieras creadas por la crisis petrolera. Del mismo modo que fue producto de la negociación entre naciones después de la última guerra mundial, el nuevo sistema obedecerá a la necesidad de actuar conjuntamente entre naciones a la luz de los problemas contemporáneos. El sistema monetario fue, es y será un esquema mental fruto de la cooperación y de la negociación. En este sentido, de cualquier manera que se enfoque su estudio y a pesar de las facetas a corto plazo que plantee, corroborará siempre la tesis última de este ensayo. A saber, que la cooperación mundial, siempre alabada de labios afuera, raramente sentida de verdad, es ahora una cuestión de vida o muerte.

VIII

Creo que con lo dicho queda claro que la actual crisis mundial pone de manifiesto, entre otras cosas, lo siguiente:

1. Los problemas que afectan a la humanidad hoy son mundiales por su magnitud.

2. Sólo movilizandoo de conjunto los recursos del mundo podremos mejorar nuestro destino común.

3. La cooperación y la coordinación entre todos los hombres del planeta es nuestra única tabla de salvación.

Hemos de ser solidarios no sólo por sentimientos altruistas sino, además, por necesidad. Ésta es la primera lección que quisiera recoger de la crisis mundial de los años 70.

Muchas gracias

DISCURSO DE CONTESTACIÓN POR EL ACADÉMICO DE NÚMERO
ÍLTMO. SR. DON JOSÉ MARÍA BERINI GIMÉNEZ

EXCMO. SR. PRESIDENTE:
EXCMOS. E ILMOS. SRES.:
ILMOS. SRES. ACADÉMICOS:
SEÑORAS Y SEÑORES:

Otra vez me ha proporcionado nuestra Real Academia, una de las satisfacciones más grandes al encomendarme la representación corporativa, para contestar al discurso de ingreso en la misma, que acaba de pronunciar mi querido compañero y mejor amigo el ilustrísimo señor don Ramón Trías Fargas, Catedrático de Hacienda Pública de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad de Barcelona.

Por razones distintas y congruentes he de señalar esta ocasión como muy grata: En primer lugar, por el enriquecimiento que la incorporación del señor Trías Fargas supone para nuestra Corporación, en la cual, entra una personalidad que ha ganado justo prestigio, no sólo merced a su labor docente y a sus éxitos como investigador y hombre de ciencia, sino también, merced a sus iniciativas y éxitos empresariales, así como a su eminente representación ciudadana, cuyas virtudes y méritos todos admiramos.

Efectivamente, el nuevo académico continúa la tradicional labor docente de su familia, aunque en campos bien distintos. Hijo de don Antonio Trías Pujol, Catedrático de Cirugía de la Universidad de Barcelona, y nieto de Miguel A. Fargas, Catedrático de Ginecología en la misma Universidad, empieza sus estudios universitarios en el extranjero, doctorándose en Derecho en la Universidad Nacional de Bogotá en 1947 y, consigue en 1950, con los estudios de postgraduado

en la Universidad de Chicago, un Master of Arts in Economy, año en que regresa a España, vinculándose a nuestra Universidad, donde se gradúa de Licenciado en Ciencias Económicas en la Facultad de Barcelona, Facultad en la que ocupa varios cargos, desde profesor ayudante de trabajos prácticos, hasta adjunto por concurso-oposición.

Su amor a la enseñanza le obliga a más, y en 1962, obtiene por oposición, por unanimidad y con el número uno, la Cátedra de Economía Política y Hacienda Pública de la Universidad de Valencia, para finalmente, en 1972, pasar a ocupar la Cátedra de Hacienda Pública y Sistemas Fiscales de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad de Barcelona, Cátedra que desempeña actualmente.

Asimismo, por su gran prestigio y por su labor investigadora, ingresa como miembro en varias asociaciones científicas, entre ellas, la Societat Catalana d'Estudis Jurídics, Econòmics i Socials, en la American Economic Association, en la Royal Economic Society, en la Regional Science Association, y en la Secció de Filosofia i Ciències Socials de l'Institut d'Estudis Catalans.

Como publicista ha escrito diversos libros y muchos artículos en revistas científicas, destacando entre los primeros, "La Balanza de Pagos Interior" — 1960 —, que puede decirse inició los estudios regionales en España; "Introducció a l'Economia de Catalunya" — 1972 —; "Las condiciones de Trabajo de los Economistas españoles" — 1972 —; "Principios de Economía Política Española" — 1973 — e "Introducción a la Economía de Cataluña" — 1974 —, y entre los artículos, que por su número sería excesivo enumerarlos, los aparecidos en las principales revistas españolas, tales como: "El espacio y el análisis económico", "El concepto económico de región: instrumento imprescindible del examen espacial empírico", "Análisis económico del Puerto de Barcelona", "España y el Mercado Común", "Análisis dinámico comparativo", y "Fuentes de Financiación de la Empresa en España", entre otros muchos, publicados en la Revista "Moneda y Crédito". "La financiación del planeamiento urbano y equidad" y "Criterios Económicos de la Planificación Urbanística de Barcelona", en la "Revista Jurídica de Cataluña", así como, otros muchos, publicados en diversas revistas, tales como, en las de "Derecho Financiero", "Nuestro Tiempo", "Anales de Economía", y otras extranjeras. Ha dirigido una serie

de trabajos y estudios desde su servicio de Estudios del Banco Urquijo.

No puedo, ni quiero dejar de destacar la extensa y activa participación — sobre todo en estos últimos años — en la prensa diaria española y, muy especialmente, en la revista “Destino”, así como la larga serie de conferencias que ha pronunciado por toda la geografía española y varios países extranjeros, sobre distintos temas de economía.

Debo también resaltar su proyección hacia multitud de quehaceres empresariales y financieros, propulsores en la creación de riqueza para nuestro país, desde los importantes y responsables cargos que ocupa en destacadas empresas del campo bancario, financiero, seguros, editorial, y químicas, tales como, los de Director del Servicio de Estudios, en Barcelona, del Banco Urquijo, Delegado de dicho Banco, en Cataluña, Presidente y Consejero-Delegado de Gesfondo, S. A., Consejero-Delegado de Editorial Labor, S. A., Secretario General del Banco de Barcelona y Presidente del Comité de Coordinación de Unión Explosivos Río Tinto, S. A., en Cataluña.

En segundo lugar he de resaltar que la entrada en nuestro senado de una figura de tan eminente representación ciudadana — tanto en el campo docente, como en el económico, social y político —, como la de nuestro recipiendario, acredita la creciente vinculación entre nuestra Real Academia y la ciudad toda, cuyas esencias más valiosas vienen a sumarse a las nuestras propias.

En último término, pero no el menos relevante para mí, he de expresar mi alegría personal por el presente encargo académico, que me permite evocar con el recipiendario nuestros años en común vinculados a la Universidad y a otras entidades e instituciones económicas, donde he sido y soy testigo próximo de las virtudes y méritos que adornan a nuestro nuevo compañero.

En todos estos niveles, es decir, el de la calidad docente y científica, la financiera y empresarial, el del amor a Barcelona y a nuestra tierra y, desde mi propio ángulo personal como Catedrático de Estructura Económica, he de adelantar mi aplauso, mi felicitación, al magnífico trabajo que nos ha presentado el doctor Trías Fargas, al ingresar en esta Corporación.

En cuanto a su docto trabajo, tal como el profesor Trías Fargas ha puesto de manifiesto en su discurso, la llamada “crisis del petróleo” es una sierpe de múltiples cabezas entre las que destacan tres:

— El aspecto estrictamente petrolífero, desencadenado ostensiblemente por la determinación de los países árabes como consecuencia inmediata de la guerra del Yon Kippur.

— El aspecto alimentario, estrechamente ligado con el anterior, pero con raíces ajenas e incluso anteriores a la crisis.

— Y, finalmente, el aspecto monetario, que asentaba ya sus bases en la obsolescencia del sistema nacido en Bretton Woods.

En el tratamiento del aspecto estrictamente petrolífero, nos ha revelado con meridiana claridad la gravedad del problema financiero que suscita. En efecto, su análisis parte del hecho ya conocido de la desusada acumulación de medios de pago en manos de los países productores de petróleo, acumulación que, como ha demostrado, siguiendo a Pollack, no puede encontrar otra salida que la inversión en forma de importaciones de capital a largo plazo en los países consumidores, y principalmente, en los pertenecientes al área de la OCDE por ser precisamente los mayores consumidores.

El problema de más difícil solución a este respecto, es el de hacer coincidir las inversiones en petrodólares con las necesidades de consumo de cada uno de los países. Parece que la condición necesaria para esta adecuación, es la cooperación entre los países consumidores y los productores, para asegurar una suficiente liquidez y controlar las fluctuaciones y la inflación, ya que, de no cumplirse estos requisitos, la inversión perdería gran parte de su atractivo para los países productores.

En el aspecto alimentario, venían planteándose ya problemas de escasez y precios a causa del crecimiento de la demanda, que se debe más al aumento del nivel de vida en los países ricos, que al crecimiento de la población en los países pobres. Y no sólo en los países ricos del mundo llamado libre, sino también, y muy principalmente, en la URSS y países de su área; y es que, como con agudeza y humor resalta el profesor Trías Fargas, “el rico come en momentos de necesidad tanto si es comunista como si no, en cambio el pobre ayuna cualquiera que sea su ideología”.

Y sobre el panorama de los encarecimientos y escaseces, producidos muy especialmente por la decisión de los países socialistas de aumentar sus consumos alimenticios con adquisiciones de los mismos en los grandes mercados americanos, se produce la pincelada del crecimiento de los precios del petróleo en un 350 por 100. Es éste el pasaje del discurso

que ejerce para mí, Catedrático de Estructura Económica, un mayor atractivo en la medida en que su análisis interrelaciona el aumento autónomo de los precios de los productos alimenticios con los aumentos inducidos por la repercusión de la crisis del petróleo sobre los fertilizantes y la energía consumida en el proceso agrícola, lo que con efectos acumulativos provoca unas consecuencias que el profesor Trías Fargas no duda en calificar como catastróficas para los países pobres no productores de petróleo.

Nuevamente apela el beneficiario a la cooperación internacional como único medio de armonizar, en última instancia, las necesidades alimenticias del mundo, sea pobre o rico, socialista o capitalista.

En el aspecto monetario, la raíz del problema se sitúa también extramuros de la cuestión petrolífera. Lo que ocurre, siguiendo la tesis del profesor Trías Fargas, que es obligado compartir a poco que se analice el tema, es que el mecanismo ideado en Bretton Woods está históricamente muerto y sólo falta el certificado oficial de defunción para su entierro. Los sucesivos asaltos a la libra esterlina y posteriormente al dólar, la desmonetización del oro, no son sino episodios de su agonizante vida.

Cuando el estallido de la crisis petrolífera se hace sentir con la consiguiente y apremiante necesidad de medios de pago, el obsoleto sistema monetario es incapaz de hacer frente a lo que de él se requiere.

Si en los aspectos petrolífero y alimenticio antes señalados, la necesidad de la cooperación es una deducción racional que parte del análisis científico de los hechos, en el aspecto monetario es de una evidencia tautológica. En efecto, su conclusión es incontestable: "El sistema fue, es y será un esquema mental fruto de la cooperación y de la negociación". Sólo, pues, la cooperación internacional, puede dar a luz un nuevo sistema.

En resumen, el documentado discurso del profesor Trías Fargas constituye una llamada reiterada, casi podríamos decir, dramática, a la cooperación.

Tiene, a mi juicio, el mérito de no insistir en los métodos formalistas tan en boga en los tiempos actuales. Rehúye el ceñirse a los tan limitados análisis parciales, modelos econométricos o cadenas de deducciones lógicas y matemáticas, que restringen su campo de actuación a un problema teórico concreto, limitado a un fenómeno específico acotado

por hipótesis que alejan el estudio teórico de la realidad, tanto más cuanto más restrictivas son. Por el contrario, se sitúa en la escuela grande, en la de los filósofos morales a la que, con uno u otro cariz, pertenecen los creadores de la Economía, desde Adam Smith a Keynes, pasando por Marx. Escuela que, en última instancia, es la única con potencialidad creadora.

Porque los formalismos económicos no son ociosos, pero no son más que eso: desarrollos formales de concepciones globales de la Economía, la cual, como Ciencia social, es una ciencia del Hombre. Y, frecuentemente, se olvida que el hombre se resiste a ser encuadrado en estructuras teóricas determinadas, pues es indeterminado por naturaleza.

Conceptos como cooperación y solidaridad, por su imposible cuantificación, se resisten al análisis económico. Hasta ahora, sólo la Teoría de los juegos ha hecho tímidas aproximaciones a su análisis. Ahora bien, estos conceptos están siempre en la base de los fenómenos económicos, ¿o es que podría funcionar la empresa sin su existencia? No ya la empresa, sino ni siquiera el más primitivo atisbo de intercambio económico hubieran sido posible, sin la cooperación.

Los primeros intercambios del hombre primitivo, la construcción de monumentos megalíticos, el florecimiento de la artesanía medieval, el comercio marítimo con las Indias, la Revolución Industrial, la integración económica mundial de la postguerra, han exigido crecientes dosis de cooperación.

Hitos de esta cooperación han sido la creación del dinero, la aparición de las lonjas y mercados, el establecimiento de instituciones como el Consulat del Mar, la generalización del uso de la letra de cambio, la instauración del dinero bancario y el acuerdo de Bretton Woods. Todos y cada uno de ellos se basan en la cooperación internacional y en la confianza mutua.

Si los nuevos requerimientos que ha puesto de manifiesto la llamada "crisis del petróleo", no pueden ser satisfechos con los actuales instrumentos de cooperación, es que un nuevo esfuerzo en el mismo sentido es necesario.

De ahí el interés de la aportación del profesor Trías Fargas, cuyo más estimable fruto es la evidencia de que, cualesquiera que fuesen las soluciones teóricas que quisiesen darse al problema, o más bien, al conjunto de problemas planteados, sean las inversiones de los petro-

dólares en los países consumidores, sea el desarrollo de los países productores hasta que lleguen a estar en situación de poder adquirir los bienes sofisticados producidos por los países industrializados, sean las transferencias a los países pobres para remediar el hambre, no será posible ni siquiera su puesta en marcha, sin un nuevo y universalmente aceptado nivel de cooperación.

Por todo ello, nos atrevemos a afirmar que el documentado estudio de nuestro beneficiario, constituye una magnífica lección magistral que facilitará grandemente la labor a todos los que nos dedicamos y preocupamos por esta clase de problemas, pues nos servirá de base para posteriores estudios en busca de soluciones a cuestiones tan trascendentales, como la que plantea la producción, refino, distribución, consumo, precios y repercusiones de un producto de tanta importancia como el petróleo.

Por todo ello, quiero y me complace felicitar efusivamente al ilustrísimo doctor don Ramón Trías Fargas y, al mismo tiempo que felicitarnos todos sus nuevos compañeros, por la incorporación a esta Real Academia de tan docto profesor y hombre de Empresa, al que damos nuestra más cordial bienvenida.

He dicho.

